

# LA PEQUEÑA MILAGRO

EN LA tierra de Birmania, en una aldea llamada Mosokuin, vivía una madre birmana con cuatro hijos. Esa mujer tenía un nombre extraño. La llamaban Ma Kué, que en nuestro idioma significaría Sra. Perro.



Cada sábado de tarde, los maestros y alumnos de la escuela misionera iban a Mosokuin para celebrar una escuela sabática filial. Cuando terminaba la reunión, la enfermera misionera abría su cajón de medicinas y trataba a los adultos y a los niños que tenían llagas y heridas. Un sábado de tarde, alguien le dijo:

-Aquí hay una mujer que pide ayuda para su bebé.

La enfermera miró a la mujer, quien sostenía a la niña más diminuta y delgada que ella hubiese visto.

-¿Qué edad tiene su bebé, y qué le pasa? -preguntó la enfermera misionera.

-Oh, *sayama* (enfermera) , mi chiquita está muy enferma, y temo que se vaya a morir -fué la respuesta.

-¿Qué le da Vd. de comer? -preguntó entonces la enfermera.

-No puedo darle de comer, debido a esta llaga. No tengo leche, y ella no puede comer arroz. ¿Qué puedo hacer? -preguntó en tono suplicante la madre.

La enfermera examinó cuidadosamente a la niña, que tenía en verdad muy triste aspecto. Sus miembros delgados eran como palitos cubiertos de piel. Aunque aparentaba tener sólo unos días, había cumplido ya seis meses.

-Ma Kué, ¿podría Vd. acompañarnos a casa para que le demos algo de alimento y medicina para su hijita? -preguntó la enfermera a la madre.

Ma Kué dejó a su hijita enferma con una vecina y siguió a los misioneros y a los estudiantes cuando volvieron a la escuela, que estaba situada a unos tres kilómetros de allí.

En la casa de los misioneros, se sentó y aguardó en la galería mientras la enfermera preparaba las cosas que le iba a entregar. Una maestra le explicó cómo debía mezclar el polvo de leche con agua, y cuánto aceite de hígado de bacalao debía dar cada día a su hijita.

También se le dio a la Sra. Kué un poco de jabón y explicaciones acerca de cómo debía bañar cuidadosamente a la chiquita cada día. En Birmania, son muchos los niños que no son bañados cada día, o si se los baña, es sin jabón. Además, la Sra. Kué se alegró de recibir algunas ropitas para la niña.

Antes de despedir a la Sra. Kué, la enfermera y la maestra elevaron a Dios una ferviente oración para que bendijera y sanara a la enfermita.

A la puesta del sol, llevando la leche en polvo, el aceite de hígado de bacalao, el jabón y las ropitas, la Sra. Kué se encaminó hacia su casa, con el corazón lleno de esperanza y felicidad.

Como cinco días más tarde, Ma Kué volvió a buscar más leche en polvo, y muy contenta explicó que la niña se estaba fortaleciendo. Gustosamente, la enfermera le dió otra lata de leche en polvo.

Transcurrieron los días, y se alargaron en semanas y meses, y mientras los misioneros atendían a las actividades escolares, así como a los enfermos, la enfermera se acordaba de vez en cuando de la Sra. Kué. Se preguntaba por supuesto cómo le iría a ella y a su hijita.

Una mañana temprano, oyó que alguien llamaba a su puerta. Se apresuró a contestar, y ¿quién os

parece que estaba llamando? Era la Sra. Kué con sus niños. Había traído a la niña que antes había estado muriéndose de hambre, y ahora se distinguía por sus piernas y brazos regordetes. Estaba aprendiendo a caminar.

- ¡Oh, Sayama -dijo con tono feliz la Sra. Kué-, gracias por haber salvado a mi hijita! Ahora tiene un año, y como Vd. ve está sana y fuerte.

La enfermera recordó a Ma Kué que el Dios del cielo era quien había sanado y fortalecido a su hijita. Le explicó que ella no había hecho sino prestar un poco de ayuda a Dios, y que gracias al poder y a la voluntad del Señor, su hijita estaba sana.

La Sra. Kué pidió a la enfermera que pusiese un nombre a la niña. Porque en Birmania no se da nombre a los bebés hasta que tienen de seis meses a un año. Entonces hacen una fiesta especial para dar nombre al bebé. Pero cuando Ma Kué pidió a la enfermera que le pusiera nombre a su bebé, no hubo fiesta.

La enfermera pensó en varios nombres, y finalmente escogió el de Ester. Se le ocurrió que la vida de esta niña, como la de la reina Ester en la Biblia, había sido salvada con un propósito. Tal vez Dios tenía un plan para su vida, y que llegaría a trabajar para él en Birmania. Era tal vez con este fin que había sobrevivido.

Son muchos los niños de Birmania que no conocen al Señor Jesús, pero se llenan de felicidad cuando llegan a conocerlo. Muchos dirigen sus oraciones a ídolos, y no saben nada del amor del Señor Jesús. Necesitan que vayan más maestros y misioneros a hablarles del Evangelio. Podemos orar por ellos, y podemos dar ofrendas para que se puedan mandar Biblias, maestros y misioneros, a fin de que los muchos paganos de Birmania y de otros países puedan conocer al Dios verdadero. Así todos podemos ser misioneros aún desde pequeños.